

LEYENDAS

El cerro de los Siete colores

Hace mucho tiempo en un pueblito suspendido en la quebrada, hoy llamado Purmamarca, no existía el color. Los lugareños, cada vez que miraban a su alrededor, se ponían tristes, cada vez más tristes... Un paisaje monótono: los cerros unos iguales a otros, las mañanas y las tardes muy silenciosas unas iguales a otras, alguna casa de adobe acá y otra allá unas iguales a otras, un guanaco, una vicuña, una llama caminando espaciosamente. unas iguales a otras. La Pachamama fue quien tuvo una idea. No podía permitir que de esa tierra brotara tristeza en vez de brotar alegría. Decidió colorear el pueblito. Comenzaría haciendo pintar los cerros y para ello llamó a los duendes, esos que habitan entre las montañas, y les encomendó una ardua tarea: embellecerlos. Les darían vida con colores y harían que provocaran admiración a todo el que los mirara. Así se enamorarían de esa tierra y nunca, nunca la abandonarían. Cómo sería una sorpresa para descubrir cuando estuvieran listos, los duendes-pintorcitos debían ser muy cautelosos. Necesitaban hacer su “trabajo” de noche, cuando nadie los viera. Para ayudar, llamó a Mama Quilla, la luna y a los cardones, los vigías eternos. Ella iluminaría la oscuridad y ellos guiarían por dónde pintar. El plan se puso en marcha. Llegada la noche los duendecitos prepararon los pinceles y los mojaron en los colores que Pachamama había elegido. Usaron el rosa de los flamencos, el rojo de los minerales del lugar, el verde de los pastos de los valles, el pardo terroso del centro de la tierra, el blanquecino de las salinas, el dorado que Inti, el sol, le regaló... ellos comenzaron a pintar y pintar tarareando una canción hermosa y muy pegadiza que nadie podría escuchar. ¡Manos a la obra! La mágica pintura fue dejando destellos de luz por aquí y por allá, fue haciendo ribetes en el cerro y aún más...en el aire. Ahora hasta los ríos van tomando color porque los pintorcitos enjuagan los pinceles en sus aguas. También, como salpican, van cubriendo todo el paisaje, todos lados... un verdadero arco iris. Todo es luz. Todo es color. Todo es brillo. Felices por su trabajo los duendes saltan, ríen y festejan. Es su ofrenda a la Pachamama que los mira como felicitándolos por la tarea cumplida. Mama Quilla se va ocultando y ya llega Inti, que hace resplandecer el sol, para que con su luz muestre qué ha sucedido en el cerro. La gente no puede dejar de admirar, la gente no puede dejar de reír. La tristeza se ha convertido en una pincelada de alegría. Dicen que, aún hoy, todo el que observa el cerro se sonríe y se arrodilla a dar las gracias porque entiende que allí hay un regalo de los dioses. Dicen, también, que la gente aprendió a cantar una coplita, aquella que tarareaban los pintorcitos, la elevan al cielo en el crepúsculo como su inmenso agradecimiento por traer la alegría al pueblo.

. El milagro de Anahí: La flor del ceibo

En las orillas del Paraná vivía una indígena de rasgos toscos, nada agraciada, llamada Anahí. En las tardes veraniegas deleitaba a toda la gente de su tribu guaraní con sus canciones inspiradas en sus dioses y el amor a la tierra de la que eran dueños... Pero llegaron los conquistadores europeos de piel blanca, que arrasaron las tribus y les arrebataron las tierras, los ídolos, y su libertad. Anahí fue llevada cautiva junto con otros indígenas. Pasó muchos días llorando y muchas noches en vigilia, hasta que un día en que el sueño venció a su centinela, logró escapar, pero al hacerlo, el centinela despertó, y ella, para lograr su objetivo, hundió un puñal en el pecho de su guardián, y huyó a la selva. El grito del moribundo carcelero, despertó a los otros españoles, que persiguieron a Anahí como si de una cacería se tratara. Consiguieron atraparla y, en venganza por matar al guardián, le impusieron como castigo la muerte en la hoguera. La ataron a un árbol y prendieron el fuego. Y cuando las llamas comenzaron a subir, Anahí se fue convirtiendo en árbol. Al siguiente amanecer, los soldados se encontraron ante el espectáculo de un hermoso árbol de verdes hojas relucientes y flores rojas aterciopeladas, que se mostraba en todo su esplendor, como el símbolo de valentía y fortaleza ante el sufrimiento.

La flor de Irupé

Hay una leyenda guaraní que cuenta el nacimiento de la flor del Irupé. Según narra, Irupé era una joven muy bella, que amaba a la luna y la veía como un muchacho hermoso. Trepaba a los árboles para extender sus brazos lo más alto que estuviera a su alcance y de esa manera tratar de abrazar a su amor imposible. También subía a montañas y peñascos, todo lo que hiciera falta para conquistarlo. Como nunca llegaba, la joven guaraní enloquecía lentamente. Una noche, Irupé vio su imagen reflejada en el río y notó que detrás de ella, pero muy cerca, estaba la luna. Se tiró al agua para poder, por fin, tener a su ser amado en los brazos. Se hundió y las corrientes se la llevaron. Nunca más regresó. Tupá, el dios del bien para los guaraníes, se compadeció de ella y la convirtió en una planta con forma de luna, enorme y majestuosa, que siempre mira hacia el cielo, conectándose con su amor ideal. De noche, cuando lo tiene al alcance, guarda sus flores, pero de día, cuando no puede verlo, las despliega para lograr que, al caer la tarde, su amor vuelva por ella, encandilado por su belleza.

La mariposa Azul

Cuenta esta leyenda oriental de la mariposa azul que, hace muchos años, un hombre enviudó y quedó a cargo de sus dos hijas. Las niñas eran muy curiosas, inteligentes y siempre tenían ansias de aprender. Constantemente asediaban a su padre con preguntas. A menudo el hombre podía responder sabiamente, sin embargo, en ocasiones no estaba seguro de poder ofrecerles a sus hijas una respuesta acertada.

Viendo la inquietud de las dos niñas, decidió enviarlas una temporada a convivir con un sabio que vivía en lo alto de una colina. El sabio era capaz de responder a todas las preguntas que las pequeñas le planteaban, sin ni siquiera dudar. Pero, un día, las hermanas idearon una pícara trampa para medir la sabiduría del sabio. Decidieron realizarle una pregunta que fuese incapaz de responder.

Las niñas se pusieron manos a la obra para llevar a cabo su plan. La mayor salió al campo y atrapó una mariposa azul, envolviéndola en su delantal para que no se escapase. A continuación, comenzó a explicarle a su hermana cuál sería el proceder.

«Mañana, mientras sostengo la mariposa azul en mis manos, le preguntaremos al sabio si está viva o muerta». Si responde que está viva, apretaré mis manos y la mataré. En cambio, si afirma que está muerta, la liberaré y volará libre. De esta forma, sea cual sea su respuesta, siempre será incorrecta».

A la mañana siguiente las niñas acudieron al sabio, deseosas de hacerle caer en su trampa, y le formularon la pregunta. Pero el hombre sonrió tranquilo, y **calmado**, y procedió a responder: **«depende de ti, ella está en tus manos».**

Cuentan los sabios orientales que las dos pequeñas niñas, después de esta respuesta, no intentaron volver a engañar al sabio. Además, le agradecieron mucho la respuesta que les había dado, ya que no solo era una lección de humildad, sino también un valioso mensaje sobre el destino y sobre como muchas veces se encuentra en nuestras manos.

La leyenda de la mariposa azul nos enseña que somos los dueños de nuestra vida y los únicos responsables de decidir qué ocurrirá con ella.

La leyenda del Sol y la Luna

Antes de que hubiera día en el mundo, se reunieron los dioses en Teotihuacan.

-¿Quién alumbrará al mundo?- preguntaron.

Un dios arrogante que se llamaba Tecuciztécatl, dijo:

-Yo me encargaré de alumbrar al mundo.

Después los dioses preguntaron:

-¿Y quién más? -Se miraron unos a otros, y ninguno se atrevía a ofrecerse para aquel oficio.

-Sé tú el otro que alumbre -le dijeron a Nanahuatzin, que era un dios feo, humilde y callado. y él obedeció de buena voluntad.

Luego los dos comenzaron a hacer penitencia para llegar puros al sacrificio. Después de cuatro días, los dioses se reunieron alrededor del fuego. Iban a presenciar el sacrificio de Tecuciztécatl y Nanahuatzin.

Entonces dijeron:

-¡Ea pues, Tecuciztécatl! ¡Entra tú en el fuego! y Él hizo el intento de echarse, pero le dio miedo y no se atrevió.

Cuatro veces probó, pero no pudo arrojarse. Luego los dioses dijeron:

-¡Ea pues Nanahuatzin! ¡Ahora prueba tú! -Y este dios, cerrando los ojos, se arrojó al fuego.

Cuando Tecuciztécatl vio que Nanahuatzin se había echado al fuego, se avergonzó de su cobardía y también se aventó.

Después los dioses miraron hacia el Este y dijeron:

-Por ahí aparecerá Nanahuatzin Hecho Sol-. Y fue cierto.

Nadie lo podía mirar porque lastimaba los ojos. Resplandecía y derramaba rayos por dondequiera. Después apareció Tecuciztécatl hecho Luna. En el mismo orden en que entraron en el fuego, los dioses aparecieron por el cielo hechos Sol y Luna. Desde entonces hay día y noche en el mundo.